

dades. Así como una Catedral y sus claustros servían á pueblos esencialmente religiosos de mercado, de bolsa, de teatro, de cementerio; la Universidad naciente tenía algo del Estado, algo de la justicia, con sus autoridades dotadas de grandes poderes coercitivos, con sus tribunales independientes, con sus fueros particularísimos, con su población numerosa de estudiantes que creían no merecer su nombre y no conservar la gloria de su clase, si no se daban con todo el ardor de la juventud al juego, al vino, al combate y al amor. Sobre aquellas intranquilas multitudes de estudiantes alzábase el patriciado severo de los catedráticos, que prestando externo culto á la ley, á la Iglesia, al Estado mismo, los minaban sin deliberación y sin conciencia, por la fuerza natural de sus ideas y por el carácter especialísimo de su ministerio. Ellos oponían al derecho feudal y al derecho canónico el antiguo derecho romano; ellos oponían al fraccionamiento de la Edad media la fuerte unidad civil del Estado imperial que encontraran como petrificado en las páginas de las pandectas; ellos derrocaban á un tiempo de esta suerte la aristocracia teocrática y la aristocracia militar, las dos piedras sobre que estaba levantado el majestuoso edificio de la Edad media. Entre estos profesores, debemos decirlo en verdad, ejercían mayor influjo político y social los jurisconsultos que los médicos; fenómeno que se explica por las especiales condiciones de aquella sociedad. Muy dada la Edad media á las jerarquías; muy enemiga del trabajo manual; muy distante de comprender el origen común y el común destino de todas las ciencias y la igualdad sacrosanta que forma como el fondo de sus varias manifestaciones, juzgaba, hasta en la misma Italia tan democrática, hasta en aquella tierra donde tanta dignidad social tenían los gremios de trabajadores, inferior el cargo de médico al cargo de abogado y de teólogo. Y es necesario fijarse mucho en esto, porque el pertenecer Savonarola por su mal á una familia de médicos, decide de sus destinos, y lo enterra niño en la soledad y en el apartamiento de los claustros. Todas estas coincidencias de la tierra á que pertenece una familia, de la profesion y del estado deben tenerse en cuenta para comprender y para explicar una de esas almas, cuya luz se refleja por siglos de siglos en los inacabables horizontes de la historia y cuya vida llega á avivar con nuevas ideas los senos más recónditos de la humana conciencia.

La persona, que más poderosamente influye en el destino de Jerónimo Savonarola, es su abuelo paterno, el médico célebre llamado Miguel. Estudiando á este hombre singular; recorriendo la lista de sus obras encuéntrase alguna clave para explicar con explicación satisfactoria parte de la naturaleza del monje, y los antecedentes, que como otros tantos factores, componen la suma de su vida. Miguel Savonarola escribía con la mayor facilidad de ciencias médicas, de ciencias políticas, de ciencias eclesiásticas. Junto á un tratado de práctica de las enfermedades veíase un tratado teórico del pulso; junto á un tratado de higiene para conservar la salud de los individuos y de los pueblos, un tratado de historia para averiguar y poner en su punto debido las tradiciones de Padua. El uso del agua caliente en medicina le daba materia para profunda disertación; y la órden de los Cartujos de Ferrara para místicas expansiones del alma. Con igual facilidad trazaba un libro estudiando el desarrollo natural de la fiebre que un libro estudiando las leyes canónicas de la confesión. Y así daba consejos á los enfermos sobre las comidas más sanas como á las naciones sobre las Repúblicas más deseables. Esta universalidad de aptitudes y esta riqueza de conocimientos le granjearon universal renombre, le dieron predominio incontestado en su sociedad y en su tiempo. Hay que decirlo; no solamente poseía la más vasta ciencia, sino que poseía también su complemento necesario, la más piadosa virtud. Las ideas no eran para este médico modelo puras abstracciones confinadas en las cimas frías de una alta conciencia, sino vida y vida fecunda que repartía con mano pródiga entre los enfermos y los menesterosos. De justo orgullo, de elevado entendimiento, de natural enérgico, de corazón entero, de fantasía viva, indignábase contra los vicios del poderoso mientras acorría á las necesidades del pobre. Su caridad universal estaba compensada por una grande indignación contra la perversidad y contra los perversos. Estudiad bien, pues, á ese hombre y encontrareis indudablemente en él gérmenes de las cualidades que luego han de brotar y han de crecer en su nieto, como el culto á la ciencia mezclado con el culto á la religión; como el amor al apartamiento y al retiro mezclado con la necesidad de combatir en las batallas del mundo; como las inclinaciones á la meditación y las inclinaciones á la política; como esas cualidades opuestas que constituyen las grandes inteligencias y las grandes voluntades á quienes des-

tina la Providencia un largo y permanente influjo en la sociedad y un nombre imperecedero en los anales de la historia.

Miguel Savonarola queria con ternura indecible á su nieto, y trataba por cuantos medios estaban á su alcance de que heredara su nombre y prosiguiera su ciencia. La vejez ama con amor entusiasta á la infancia por virtud de esas armonías entre los contrarios que constituyen como el fondo inmortal de nuestra naturaleza. Un abuelo, que va despidiéndose de la tierra y separándose de la sociedad, cree ver renacer la inocencia de la propia alma, la juventud de la vida, las ilusiones de la fantasía, las esperanzas y los amores del corazón, todos los paraísos perdidos allá en los abismos del tiempo pasado, cuando juguetea el netezuelo á sus plantas; y en la mirada, en la sonrisa, en los juegos muestra algunos rasgos de las personas queridas que han iluminado el camino de la existencia y puesto en las sienas taladradas por las coronas de espinas el resplandor de una aureola celestial. Cuando ya las fuerzas del médico Miguel se agotaban y sus ojos se oscurecian y sus dias se acababan, tierno niño podia, como un ángel bajado del cielo, traerle en sus rosados labios la promesa de un rejuvenecimiento que dorase de arboles su agonía y le diese una suprema esperanza en la hora de la muerte. Indudablemente en el amor que parece mas egoísta, en el amor á la mujer, y en ese otro amor á los hijos que parece exclusivamente propio de la familia, contiénense y enciérranse inclinaciones incontrastables á la especie, á su conservacion y su duracion, milagrosamente puestas en cada individuo por la próspera naturaleza para que de su desarrollo parcial resulte la eternidad y la perennidad del conjunto. Miguel queria que en su nieto se reprodujese y se perpetuase su propia persona, y á este fin destinábalo á la carrera de medicina para hacerlo, como él mismo habia sido, un ornato de las cortes régias y una providencia de los pobres enfermos. Pero hay que estudiar mucho la naturaleza y que atender á las vocaciones para conseguir el acierto necesario en la eleccion de una provechosa carrera, la cual dé un oficio, que granjeando la propia felicidad, granjee tambien la estima y la admiracion de los demás. Si veis un nieto con grandes inclinaciones á la observacion atenta, consagradlo á las ciencias experimentales; pero si lo veis nervioso, de temperamento físico impresionable, de complexion moral abierta á todas las ideas, ansioso de emociones, fantaseador,

con un corazón sensible y una inteligencia dúctil, no lo consagreis al cálculo, á la experimentacion, al frío raciocinio, no, consagradlo á la elocuencia, al arte, y tendreis en él uno de esos seres predestinados á mover las inteligencias al ejercicio del pensamiento y las voluntades á la accion y al cumplimiento del bien.

Las ciencias físicas iniciaron la educacion de Savonarola, ciencias bien ajenas á su natural, y bien contrarias á su mas íntima vocacion. Afortunadamente no estaba la medicina misma entonces tan separada de las artes y de las ciencias literarias como hoy. A pesar de acercarse ya el género humano á edades mas positivas de la ciencia, todavía predominaban la fantasía y el sentimiento en los áridos estudios de la naturaleza. Aun el Universo aparecia como un poema compuesto por un poeta eterno y en el cual la intuicion, todavía poco esclarecida por la experiencia, encontraba mil mágicos aspectos capaces de deslumbrar la vista del alma y encender la mas viva fantasía. Tras las luminosas invenciones árabes, traídas á la ciencia cristiana por la vastísima concepcion de Alonso X, casi al mismo tiempo que Roger Bacon en su tratado de las Perspectivas y de los Espejos agrandaba los horizontes celestes, aun conservaron, por ejemplo, las ciencias astronómicas algo de astrología, como algo de alquimia las ciencias químicas. Así Pedro de Albano, autor de un tratado sobre el astrolabio, fué quemado en efigie despues de su muerte, por brujería, á principios del siglo décimocuarto; y á mediados de este mismo siglo, en la culta Florencia, quemado vivo el célebre enciclopedista Checco de Ascoli, cuyos experimentos, puestos en forma de poema, como cuadraba al carácter eminentemente poético de aquella edad, impulsaron la meteorología; y bien puede decirse que todas estas ciencias conservaban todavía en los tiempos de Savonarola el carácter casi mágico de que solo podian desceñirlas cincuenta años de una revolucion científica análoga en el fondo á la revolucion religiosa. Parece imposible la persistencia y duracion de las ideas en la historia; y cómo se transforman sin llegar á perder jamás su íntima naturaleza. Las procesiones semi-paganas de Italia recordaban las antiguas teorías griegas; las lámparas atizadas al pié de los santos protectores de la familia los lares romanos; por las costas del Mediterráneo, como los templos se cambian en iglesias, los ritos paganos se cambian en liturgia católica,

y San Anton protege á los caballos como los protegía el Neptuno ecuestre; y la Cérés antigua se trueca en Nuestra Señora de las Espigas; y la moneda, que ponian los helenos en la boca de los muertos para que Caronte los dejase pasar, se conserva aun en pueblos varios; y el tronco de Navidad arde en la chimenea como ardía en las fiestas de Adonis; y la alegre noche de San Juan repite las fogatas consagradas al solsticio de estío; y los augures y los adivinos y las hadas pueblan aun los aires y la tierra á pesar de haber caido sobre todos ellos tanta agua bendita y de haber sonado tantas veces en las torres altísimas las campanas que tocaban á la oracion y á las ánimas, como para arrojar del mundo los espíritus protervos. ¿Quién puede olvidar, pues, que hasta en la misma medicina de aquellos apartados tiempos, entraba como parte capitalísima la creencia de que los epilépticos, los hidrófobos, los atacados de enfermedades nerviosas estaban por regla general poseidos del demonio? Cuando veian á este infeliz estremecerse como si estuviera en su último trance; al otro rechinar los dientes y apretar las manos con fuerza sobrenatural, despedir rayos como un volcan de los ojos y espuma de la boca; creian aquellas generaciones ignorantes de la electricidad esparcida por nuestros nervios, que tales enfermedades se debian á tristes asaltos del genio infernal y de sus malditos secuaces. Los padres de la Iglesia consideraban á la mayor parte de los nerviosos como poseidos del demonio; opinion á la cual dió una fórmula como todas las suyas Santo Tomás, transmitiéndola á los naturalistas y á los médicos ortodoxos. Por alguna voz que se levantara contra esta creencia como la de Guainerio de Pavía en 1440, resultaba opinion general y general creencia que solamente los espíritus infernales podian producir desórdenes tan profundos y terribles como los desórdenes nerviosos. Esta opinion cuadraba con la sostenida por un médico tan célebre como Ibn-Khaldoum en el siglo décimocuarto, que creia tambien el espíritu capaz de desligarse de la materia, para tener sobrenaturales visiones. Una ciencia de esta suerte caldeada por la imaginacion pudo contribuir aun á exaltar la mente de Savonarola, como pudiera exaltarla cualquier estudio de pura indagacion científica ó de puro y sublime arte. No habiéndose descubierto aun las Américas, cuya aparicion en la historia habia de traer tan profundas alteraciones á las ciencias cósmicas, limitada la historia natural á

una especie de auxiliar de la teología, en que el leon, el fénix y otros animales entraban como una mera simbólica de las cosas celestes; la zoología, la botánica debian alimentar, mas que extinguir, la fantasía. Privada del recurso de las ciencias anatómicas, la medicina entraba casi en la esfera de las ciencias de indagacion y distaba mucho de tener el posterior carácter experimental que le han dado de consuno los progresos de los tiempos y los progresos de las ideas. A mayor abundamiento, Miguel Savonarola murió, sin haber podido completar la educacion de Jerónimo, abandonada desde entonces al padre, á Nicolás Savonarola, mas ducho en seguir las malas prácticas de los cortesanos que en profundizar los maravillosos secretos de la ciencia. Así redujo toda la educacion de su hijo, á la ciencia del tiempo, es decir, á cierto tomismo, que, como es sabido, representa la filosofía del dogma católico, cual si el reformador no quisiese, ni en lo mas mínimo, separarse del regazo de la Iglesia para poder cumplir de esta misteriosa manera mucho mejor sus providenciales destinos y poder escuchar con mayor y mas redoblada atencion sus divinas é increíbles vocaciones místicas.

Conocidas las influencias intelectuales, que primero influyeran sobre Savonarola, hay que buscar ahora las influencias morales, hay que buscar á las mujeres, cuyos ojos y cuyas inspiraciones dan como el calor de la vida al sentimiento. En una inteligencia puede y debe influir soberanamente el padre; en un corazon influye mas directa y mas naturalmente la madre. Savonarola tuvo en la suya una gran maestra, que unia á la elevacion del entendimiento la dulzura y la bondad del carácter. Elena se llamaba, la buena mujer, que pertenecia por su cuna á la ilustre familia de los Buonacorsi, oriunda de Mantua, y que casada con el vulgar Nicolás Savonarola, encontró en el amor de sus hijos y en la educacion de las almas de estos, las satisfacciones que no habia podido encontrar ni en el amor ni en el matrimonio. Naturaleza esencialmente poética y amorosa la naturaleza de la mujer necesita siempre sentir y amar y consagrarse con pasion al culto del objeto amado. Dos hijos mayores que Jerónimo habia tenido Elena, y en ninguno de ellos habia encontrado la imágen de su alma. El primogénito abrazó la carrera de las armas y el segundo se consagró á la administracion de la hacienda: ninguno de ellos logró alcanzar, pues, aquel grado de elevacion y de cultura que quisiera la